

A romantic couple is shown in silhouette, about to kiss. The background is a vibrant, colorful night sky filled with stars and nebulae in shades of purple, pink, and blue. The couple's faces are close together, with their lips just inches apart. The overall mood is intimate and dreamy.

Eres la pieza de un puzle.
Pero puedes decidir no encajar en él.

DESPIERTA

BETH REVIS

ACROSS THE UNIVERSE

www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Diseño: Felipe Samper
Traducción: Diego de los Santos

Título original: *Across the Universe*
Publicado originalmente por Razorbill

© Beth Revis, 2011
© de esta edición en castellano:
Ediciones SM, 2012
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-5317-8
Depósito legal: M-47161-2011
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedicado
a mis padres,
que encontraron la ciencia en la Naturaleza

y

a mi marido,
que encontró la ciencia en la tecnología

porque

me quieren a mí,
que encontré la ciencia en la ficción.

Dei gratia.



*Images of broken light which dance before me like a million eyes,
That call me on and on across the universe...
... Nothing's gonna change my world.*

Imágenes de luz rota que danzan ante mí como un millón de ojos,
que me llaman y me llaman a través del universo...
... Nada cambiará mi mundo.

LENNON / McCARTNEY





[1] AMY

—Es mejor que vayas tú primero —le dijo mi padre a mi madre.

Ella quería que yo entrara en primer lugar. Supongo que le daba miedo que, cuando ellos dos estuvieran metidos en sus cápsulas criónicas, yo me largara para volver a mi vida en lugar de encerrarme en aquella caja fría y transparente.

—Amy necesita ver cómo es —insistió mi padre—. Ve tú primero para que pueda verlo. Luego irá ella y yo le haré compañía durante el proceso. Yo entraré el último.

—No, ve tú primero —replicó mi madre—. Yo iré la última.

Pero el caso era que había que quitarse toda la ropa, y ninguno de los dos quería que lo viese desnudo. La verdad es que también a mí me daba algo de repelús, pero puesta a elegir, prefería ver a mi madre, porque al menos su cuerpo no era tan diferente del mío.

Una vez desvestida, mi madre parecía delgadísima. Las clavículas le sobresalían mucho y su piel parecía tan fina como el papel de arroz.

El vientre —una parte de su anatomía que siempre mantenía oculta bajo la ropa— le colgaba flácido, lo que la hacía parecer aún más débil y vulnerable.

A los operarios del laboratorio no parecía interesarles gran cosa la desnudez de mi madre, o al menos les interesaba tan poco como mi presencia y la de mi padre. La ayudaron a tumbarse en la cápsula criónica transparente. Diría que parecía un ataúd, si no fuera porque los ataúdes están acolchados y parecen mucho más cómodos. En realidad, recordaba más a una caja de zapatos.

—Está fría —dijo mi madre. Su piel blanquecina se aplastaba contra el fondo de la cápsula.

—No sentirá nada —gruñó el primer operario; en su chapa ponía que se llamaba Ed.

Aparté la vista cuando el otro operario, Hassan, atravesó la piel de mi madre con dos agujas intravenosas. Una, la del brazo izquierdo, quedó hincada en el pliegue interior del codo; la otra, en la mano derecha, sobresalía de esa vena enorme que pasa por debajo de los nudillos.

—Relájese —dijo Ed; era una orden, no una sugerencia.

Mi madre se mordió el labio.

La bolsa a la que estaba conectado el catéter no contenía suero, sino un líquido espeso que se movía pesadamente como la miel. Hassan la estrujó para que se vaciase más rápido. El líquido era de color azul cielo, parecido al de las flores que Jason me había regalado en el baile del instituto.

Mi madre jadeó como si le doliera. Ed retiró una pinza de plástico amarilla del catéter vacío que le entraba en el pliegue del codo, y por

el tubito subió un reflujo de sangre de un rojo intenso que entró en la bolsa. Los ojos de mi madre se empañaron. El líquido azul del otro catéter brillaba, un resplandor suave que se percibía a medida que entraba por las venas del brazo.

—Hay que esperar a que le llegue al corazón —dijo Ed mirándonos.

Mi padre apretó los puños sin dejar de mirar a mi madre. Ella tenía los ojos cerrados y de las pestañas le colgaban dos lágrimas.

Hassan volvió a estrujar la bolsa del líquido viscoso y azul. Mi madre se mordió el labio y por debajo de los dientes le asomó un hilillo de sangre.

—Esto hace posible el proceso de congelación —dijo Ed en tono coloquial, como si fuese un panadero hablando de la función de la levadura en la elaboración del pan—. Sin ello, se formarían cristallitos de hielo que reventarían las paredes celulares. Esta sustancia refuerza las células para que el hielo no las rompa —añadió mirando a mi madre—. Pero al entrar duele que no veas.

Tumbada en aquella cápsula, con la cara pálida y completamente inmóvil, como si temiera romperse con cualquier movimiento, ya parecía más muerta que viva.

—Quería que lo vieras —susurró mi padre sin despegar los ojos de ella. Ni siquiera pestañeaba.

—¿Por qué?

—Para que supieses cómo es antes de hacerlo.

Hassan siguió estrujando la bolsa de líquido azul. Mi madre puso los ojos en blanco y por un instante pensé que había perdido el conocimiento.

—Casi hemos terminado —murmuró Ed contemplando la bolsa de sangre de mi madre, que fluía cada vez más lenta.

Lo único que se oía era la respiración pesada de Hassan mientras masajeara la bolsa de plástico, y un suave gímoteo, como el de un gatito moribundo, procedente de mi madre.

En el catéter que salía del pliegue del codo apareció un leve brillo azul.

—Para —advirtió Ed—. Ya está repartido por todo el sistema circulatorio.

Hassan sacó los catéteres y mi madre dejó escapar un suspiro entrecortado.

Mi padre tiró de mí para que me acercase. Al mirar a mi madre desde arriba, recordé el entierro de mi abuela un año antes, cuando fuimos a despedirnos de ella y mi madre me dijo que ahora estaba en un lugar mejor. En realidad, lo único que quería decir era que estaba muerta.

—¿Duele mucho? —pregunté.

—No es para tanto —mintió mi madre; al menos, aún podía hablar.

—¿Puedo tocarla? —le pregunté a Ed.

Él se encogió de hombros. Agarré la mano izquierda de mi madre. Ya estaba fría como el hielo. Ella no me devolvió el apretón.

—¿Podemos seguir? —preguntó Ed, que llevaba un cuentagotas enorme en la mano.

Mi padre y yo nos apartamos, pero solo ligeramente para que mi madre no pensase que la habíamos abandonado en aquel ataúd helado.

Ed le abrió los ojos; sus dedos grandes y callosos parecían trozos de madera labrados con tosquedad. Separó los párpados de mi madre, finos como pétalos, y una gota de un líquido amarillo cayó en cada uno de sus ojos verdes: plop, plop. Ed le cerró los párpados y mi madre no volvió a abrirlos.

Yo debía de tener una cara horrible, porque cuando Ed levantó la vista y me miró, dejó de trabajar por un momento para dedicarme una sonrisa amable.

—Eso impide que se quede ciega —explicó.

—Estoy bien, no os preocupéis —comentó mi madre desde su ataúd estilo caja de zapatos. Tenía los ojos cerrados, pero por su voz supe que estaba llorando.

—Tubos —pidió Ed, y Hassan le pasó tres tubos de plástico transparente—. Mire —añadió, agachándose para ponerse a la altura de la cara de mi madre—. Voy a introducirselos por la garganta. No va a ser agradable. Usted haga como si estuviera tragando.

Mi madre asintió con la cabeza y abrió la boca. Cuando Ed metió los tubos, a mi madre le dio una arcada, una sacudida que empezó en el estómago y subió hasta llegar a sus labios secos y agrietados.

Miré a mi padre, que mantenía la mirada fría e imperturbable.

Pasó un buen rato hasta que mi madre se quedó quieta y en silencio. Siguió intentando tragar, con los músculos del cuello recolocándose para hacer sitio a los tubos. Ed los metió por un agujero que había en la parte superior del ataúd, junto a la cabeza de mi madre. Hassan abrió un cajón, sacó una maraña de cables e introdujo unos cuantos de colores vivos por el primer tubo, y otro negro y largo que terminaba

en una cajita por el segundo; por el último metió una pieza de plástico rectangular, una especie de placa solar diminuta que estaba conectada a un cable de fibra óptica. Luego enchufó todos los cables a una cajita negra que Ed había fijado sobre el agujero de la parte superior. En aquel momento me di cuenta de que aquello no era un ataúd, sino una caja de embalar muy historiada.

—Despídete de ella.

Levanté la mirada, sorprendida al oír aquella voz tan amable. Ed nos daba la espalda mientras tecleaba algo en un ordenador; era Hassan quien había hablado. Me animó con un gesto de la cabeza.

Mi padre tuvo que tirar de mi brazo para hacer que me acercase a la caja. Aquella no era la última imagen de mi madre que quería conservar. Tenía una costra amarilla sobre los ojos, unos tubos metidos por la garganta y un líquido azul cielo corriéndole por las venas. Mi padre la besó, y ella esbozó una sonrisa alrededor de los tubos. Yo le di una palmadita en el hombro, que también estaba frío. Intentó hablar, pero le salió una especie de borboteo. Me acerqué un poco más. Pronunció tres sílabas, en realidad tres resoplidos. Le apreté el brazo. Sabía que las palabras que intentaba decir, a pesar de los tubos, eran: «Te quiero».

—Mami —susurré acariciándole la piel, suave como el papel. No la llamaba así desde los siete años.

—Vale, ya está —dijo Ed.

Mi padre me cogió del codo y tiró suavemente de mí, pero yo di un respingo y me zafé. Entonces mi padre cambió de táctica: me agarró de los hombros y me abrazó, estrechándome contra su pecho musculoso. La segunda vez no me resistí. Ed y Hassan levantaron una especie

de manguera y un líquido salpicado de motas azules llenó el ataúd. Mi madre resopló cuando le llegó a la nariz.

—Inspire —gritó Ed por encima del ruido del chorro—. Y relájese.

Una estela de burbujas atravesó el líquido azulado y le nubló la cara. Mi madre meneó la cabeza como si quisiera resistirse, pero pasados unos segundos se rindió y el líquido la cubrió por completo. Ed cerró la llave de paso y las ondas desaparecieron. El agua se quedó tan inmóvil como mi madre.

Ed y Hassan colocaron la tapa, empujaron la cápsula y la introdujeron en un hueco que se abría en la pared del fondo. Solo cuando cerraron una puertecita cuadrada reparé en todas las otras puertecitas que la cubrían, igual que en un depósito de cadáveres. Bajaron el tirador y una nube de vapor escapó por los resquicios: el proceso de congelación había terminado. Un segundo antes, mi madre estaba allí; al siguiente, todo lo que la convertía en mi madre estaba congelado y estancado. Durante los siguientes tres siglos, en la práctica sería como si estuviese muerta, hasta que alguien abriese la puerta y la despertase.

—Ahora va la chica, ¿no? —preguntó Ed.

Di un paso adelante, apretando los puños para que no me temblasen las manos.

—No —dijo mi padre.

Ed y Hassan ya estaban preparando otro ataúd estilo caja de zapatos. Les daba igual que fuese para mi padre o para mí: ellos se limitaban a hacer su trabajo.

—¿Cómo? —interrogué a mi padre.

—Ahora voy yo. Tu madre no estaría de acuerdo: ella pensaba que si pudieras elegir te echarías atrás, que decidirías no acompañarnos. Pero yo quiero darte esa opción. Así que ahora voy yo. Luego, si quieres marcharte de aquí, me parece bien. Ya se lo he dicho a tus tíos. Están esperándote fuera; se quedarán hasta las cinco. Cuando me hayan congelado, puedes irte si quieres. Tu madre y yo no nos enteraremos hasta dentro de unos siglos, cuando nos despierten. Si decides seguir con tu vida en lugar de someterte al proceso de congelación, nos parecerá bien.

—Papá...

—No, no es justo que te hagamos sentir culpable. Te resultará más fácil tomar una decisión sincera sin nosotros delante.

—Pero os lo prometí. Se lo prometí a mamá.

Se me quebró la voz. Los ojos me ardían, y los cerré con fuerza. Por las mejillas me resbalaron dos lagrimones calientes.

—No pasa nada: es una promesa demasiado seria para obligarte a cumplirla. Tienes que decidirlo tú sola. Si quieres quedarte, lo entiendo. Te estoy ofreciendo una salida.

—¡Pero a ti no te necesitan! ¡Podrías quedarte conmigo! Ni siquiera eres importante para la misión. ¡Eres militar, por Dios! ¿De qué puede servir un especialista en estrategia en un planeta nuevo? Podrías quedarte. Podrías quedarte...

Mi padre negó con la cabeza.

—... conmigo —rematé, pero era inútil pedirselo: ya había tomado una decisión.

Y lo que yo acababa de decir tampoco era del todo cierto: mi padre estaba en sexto lugar de la cadena de mando y, aunque eso no lo convertía en comandante en jefe, era un cargo bastante importante. Mi madre también importaba: era la mejor en el campo de la ingeniería genética, y la necesitaban para desarrollar cultivos que pudiesen crecer en el nuevo planeta.

Yo era la única que no servía para nada.

Mi padre se metió detrás del biombo para desvestirse; cuando salió, Ed y Hassan le prestaron una toalla de manos para taparse en el camino hacia la cámara de criopreservación. Se la retiraron cuando se tumbó, y yo me obligué a mirarlo a la cara para no empeorar la situación. Pero su cara irradiaba pena y tenía una mirada que nunca le había visto. Eso hizo que las tripas se me revolviesen con más miedo, con más dudas. Vi que le introducían las dos agujas intravenosas. Vi que le sellaban los ojos. Intenté encerrarme en mí misma, acallar el grito de miedo que me retumbaba en la cabeza y mantenerme erguida, con una columna vertebral de hierro y un rostro de piedra. Entonces mi padre me apretó la mano con fuerza mientras le metían los tubos por la garganta, y yo me derrumbé por dentro y por fuera.

Antes de que llenasen su cápsula con el líquido de motas azules, mi padre levantó la mano y estiró el meñique. Crucé el mío con el suyo: sabía que con ese gesto estaba prometiéndome que todo saldría bien. A punto estuve de creerlo.

Lloré tanto cuando llenaron su cápsula criónica que no veía su cara mientras se ahogaba en el líquido. Y luego bajaron la tapa, lo encerraron en el depósito de cadáveres y por las rendijas se escapó una bocanada de humo blanco.

—¿Puedo verlo? —pregunté.

Los dos técnicos se miraron y Hassan se encogió de hombros. Ed abrió la puertecita y sacó la caja transparente.

Allí estaba mi padre. El líquido traslúcido ya estaba congelado, y mi padre también. Puse la mano sobre el cristal deseando que hubiese algún modo de sentir su calor a través del hielo, pero la aparté rápidamente: estaba tan frío que quemaba. Unas luces verdes parpadearon en la cajita que Hassan había instalado.

Allí, bajo el hielo, no parecía mi padre.

—¿Qué, te animas o te rajas? —dijo Ed, empujando la caja de mi padre hasta meterla de nuevo en su nicho.

Levanté la vista para mirarle, con los ojos tan llorosos que me pareció que su cara se derretía y se convertía en un cíclope.

—Pues...

Dirigí la vista hacia la salida, más allá de todos los equipos criónicos, en el extremo opuesto de la sala. Al otro lado de la puerta estaban mis tíos, a los que adoraba y con los que podría vivir feliz. Y más allá estaba Jason. Y Rebecca, Heather, Robyn y todas mis amigas. Y las montañas, las flores, el cielo. La Tierra. Al otro lado de esa puerta estaba la Tierra. Y la vida.

Me volví de nuevo hacia las puertecitas de la pared. Al otro lado de esas puertas estaban mis padres.

Lloré al desvestirme. El primer chico que me había visto desnuda había sido Jason, justo después de que mis padres me dijeran que tendría que dejar atrás mi vida en la Tierra, incluido él. No me gustaba la idea

de que los últimos chicos que me viesen desnuda en aquel planeta fuesen Ed y Hassan. Intenté taparme con los brazos y las manos, pero Ed y Hassan me los apartaron para introducirme las agujas.

Era peor aún de lo que parecía desde fuera, una oleada de frío que quemaba al mismo tiempo. Los músculos se me tensaron a medida que el líquido viscoso entraba en mi cuerpo. Mi corazón quería retumbar, palpar desbocado en mi caja torácica como un amante aporreando la puerta, pero el líquido le obligaba a hacer justo lo contrario, a latir cada vez más lento,

cada vez...

más...

lento...

...

más...

...

...

... lento...

...

Ed me abrió los párpados. ¡Plop! Un líquido frío y amarillo me llenó el ojo izquierdo y lo selló como si fuese pegamento. ¡Plop!

Estaba ciega.

Uno de los dos, quizás Hassan, me dio unos toquecitos en la barbilla y abrí la boca obedientemente. No lo suficiente, al parecer, porque los tubos me rozaron los incisivos. La abrí más.

Y entonces los tubos se internaron en mi garganta. No eran tan flexibles como aparentaban: era como si me estuviesen metiendo por la

boca un palo de escoba con lubricante. Me dio una arcada y luego otra. El plástico de los tubos sabía a bilis y a cobre.

—¡Traga! —exclamó Ed junto a mi oreja—. ¡Relájate!

Para él era fácil decirlo.

Unos segundos después, sentí un hormiguelo en el estómago. Noté que tiraban de los cables que tenía dentro cuando Hassan conectó la cajita negra que había en el exterior de mi ataúd estilo caja de zapatos.

Ruido de alguien arrastrando los pies. La manguera.

—No sé cómo firma la gente para meterse en esto —dijo Hassan.

Silencio.

Un roce metálico: estaban abriendo la llave de paso. Un líquido frío, muy frío, me salpicó los muslos. Quise mover las manos para taparme, pero mi cuerpo apenas respondía.

—No sé —repuso Ed—. Aquí las cosas no están para tirar cohetes; desde la primera recesión todo ha ido fatal. Y desde la segunda, ni te cuento. ¿El Fondo de Recursos Externos no tenía que crear más puestos de trabajo? Yo solo tengo este curro, y en cuanto estén todos congelados, se acabó.

Otro silencio. El líquido criónico me cubría ya las rodillas y llegaba a las zonas de mi cuerpo que habían estado calientes hasta el momento: las corvas, los huecos bajo los brazos y los pechos...

—Por lo que ofrecen, no vale la pena renunciar a tu vida.

Ed soltó un bufido.

—Pero es que ofrecen el sueldo de toda una vida en un solo cheque.

—Eso no sirve de nada en una nave que no aterrizará hasta dentro de trescientos un años.

El corazón me dio un vuelco. *¿Trescientos... uno? No puede ser. Son trescientos años justos, no trescientos uno.*

—Ese dinero podría sacar de apuros a una familia. Podría marcar la diferencia —insistió Ed.

—¿Qué diferencia? —preguntó Hassan.

—La diferencia entre sobrevivir y no sobrevivir. Esto ya no es como antes: diga lo que diga el presidente, la ley de financiación no va a solucionar el tema de la deuda.

¿De qué se quejan? ¿A quién le importan la deuda nacional y los puestos de trabajo? ¡Volved a hablar de ese año de más!

—Hay tiempo para pensárselo —prosiguió Ed—. Para plantearse todas las alternativas. ¿Y a qué viene el retraso en el lanzamiento?

El líquido criónico me llegó a los oídos y levanté ligeramente la cabeza. *¿Retraso? ¿Qué retraso?* Intenté hablar, pero los tubos me llenaban la boca, me desplazaban la lengua y silenciaban mis palabras.

—No tengo ni idea. Creo que tiene algo que ver con el combustible y la respuesta de las sondas espaciales. Lo que no entiendo es por qué nos hacen cumplir los plazos con lo de la congelación.

El líquido criónico subía rápidamente. Giré la cabeza para mantener fuera el oído derecho.

—¿Y eso a quién le importa? —preguntó Ed—. A ellos, no. Se van a pasar el tiempo durmiendo. Dicen que la nave tardará trescientos años en llegar a ese planeta. ¿Qué importa un año más?

Intenté incorporarme; tenía los músculos entumecidos y lentos, pero aun así me revolví. Traté de hablar, de articular algún sonido, el que fuese, pero el líquido criónico ya se derramaba sobre mi cara.

—Relájate —me dijo Ed.

Negué con la cabeza. Dios, ¿cómo no se daban cuenta? ¡Un año suponía una diferencia enorme! ¡Podría estar un año más con Jason, podría vivir un año más! ¡Había accedido a pasar congelada trescientos años, no trescientos uno!

Unas manos delicadas —¿las de Hassan?— me sumergieron en el líquido. Contuve la respiración. Intenté levantarme. ¡Quería que me devolviesen ese año! Mi último año... ¡Un año más!

—¡Traga! —la voz de Ed sonaba amortiguada, casi incomprensible bajo el líquido criónico. Quise mover la cabeza, pero al tensar los músculos del cuello, mis pulmones se rebelaron y el líquido (frío, helado) me bajó por la nariz y entró en mi cuerpo.

Me di cuenta de que aquello era irrevocable cuando la tapa se cerró sobre mi ataúd de Blancanieves.

Mientras Ed o Hassan empujaba la parte inferior de la caja para introducirme en aquel depósito de cadáveres, imaginé que mi príncipe azul estaba al otro lado de la puertecita, que vendría y me despertaría con un beso y que disfrutaríamos de un año más juntos.

Oí el clic-clic de un engranaje y supe que el proceso de congelación comenzaría en cuestión de segundos, y que después mi vida no sería

más que un silbido de vapor blanco que se escaparía por las rendijas de la puerta de mi nicho.

Y pensé: *Al menos estaré dormida. Durante trescientos un años, me olvidaré de todo lo demás.*

Y luego pensé: *Eso estará bien.*

¡Zap! El proceso de congelación se adueñó de mi cámara diminuta. Estaba sumergida en el hielo. Era puro hielo.

Soy hielo.

Pero si estoy metida en el hielo, ¿cómo puedo seguir consciente? Tendría que estar dormida; tendría que olvidarme de Jason, de la vida y de la Tierra durante trescientos un años. No soy la primera persona a la que criopreservan, y ninguna ha mantenido la consciencia. El cerebro se congela, no puede estar despierto.

Alguna vez he leído testimonios de gente que en teoría estaba dormida por la anestesia durante una operación, pero que en realidad lo sentía todo.

Espero no ser una de esas personas; deseo con toda mi alma no serlo. ¿Cómo voy a aguantar despierta durante trescientos un años? No sobreviviría a algo así.

Quizás ahora esté soñando; tal vez toda mi vida haya sido el sueño de una siesta de media hora. Puede que siga en esa tierra de nadie entre estar congelada y no estarlo, y todo esto no sea más que una alucinación. Puede que aún no hayamos abandonado la Tierra. O que aún esté

en ese año de espera hasta que despegue la nave, atrapada en un sueño del que no puedo despertar.

Y también puede que aún me queden trescientos un años por delante.

Quizás aún no me haya dormido del todo.

Quizás, quizás.

Solo estoy segura de una cosa.

Quiero que me devuelvan ese año.



[2] ELDER

La puerta está cerrada con llave.

—Vaya, esto sí que es interesante —le digo a la sala vacía.

En la nave *Fortuna* nadie se molesta en cerrar las puertas con llave. No hace falta. No es que la *Fortuna* sea pequeña —cuando despegó, hace dos siglos y medio, era la nave más grande jamás construida—, pero aun así todos sentimos cómo nos aplasta el peso de sus paredes metálicas. La privacidad es nuestra posesión más preciada, y nadie —nadie— se atrevería a violarla.

Por eso me parece tan raro tener delante una puerta cerrada con llave. ¿Por qué cerrar una puerta que nadie se atrevería a abrir?

Aunque tampoco debería sorprenderme tanto. La idea de una puerta cerrada con llave resume muy bien lo que representa Eldest.

Aprieto los labios. Lo peor de todo es que sé que esta puerta está cerrada para que yo no entre. Tiene que ser eso. Estamos en el nivel de mando, donde solo se nos permite la entrada a Eldest —el líder de la nave— y a mí, su sucesor.

—¡Frexo! —grito dándole un puñetazo a la puerta.

Porque sé —estoy convencido— que al otro lado de esa puerta está mi oportunidad. Cuando llamaron a Eldest al nivel de navegación para que inspeccionara el motor, se dirigió apresuradamente a su cuarto a buscar una caja, fue con ella hasta la escotilla y de pronto dio la vuelta para llevarla de nuevo a su cuarto. Y cerró la puerta con llave antes de irse. Independientemente de lo que haya en esa caja, está claro que es importante y que tiene algo que ver con la nave; algo que yo, como futuro líder, debería saber.

Es otro más de los secretos que Eldest me oculta. Creo que pasarán varios años luz antes de que empiece a enseñarme cosas prácticas, en lugar de recitarme reglamentos e informes sin ninguna utilidad.

Si tuviese esa caja, le demostraría que soy capaz de... ¿de qué? No sé qué tiene dentro. Pero lo que sí sé es que, sea lo que sea, le está haciendo pasar mucho más tiempo últimamente en el nivel de navegación. Está pasando algo grave, algo que hace que Eldest esté más preocupado que nunca.

Frexo... Si me diesen una oportunidad, a lo mejor podría echar una mano.

Golpeo la puerta, me doy la vuelta y me dejo caer apoyado en ella. Hace tres años, cuando comenzó mi periodo de formación, me importaba una mierda que Eldest me instruyese como era debido. Estaba contento de haber abandonado el nivel de alimentación. Aunque me llamo Elder, soy la persona más joven de la nave, y siempre he sabido que yo, como el único nacido en los años de barbecho, sería el Eldest de la generación que naciese después de mí. Nunca me sentí cómodo viviendo con los alimentadores, tan obsesionados con la agricultura. Para mí fue un alivio venirme a vivir con Eldest.

Pero ahora tengo dieciséis años y estoy harto de aprenderme lecciones de memoria. Me ha llegado el momento de ser un líder de verdad, tanto si le gusta a Eldest como si no.

Derrotado por una puerta cerrada. No me extraña que Eldest no se moleste en enseñarme las cosas que de verdad importan.

Golpeo la pared con la coronilla y me doy contra una pieza cuadrada de metal. Un escáner biométrico. Siempre he creído que este, en concreto, sirve para encender y apagar las luces de la gran sala. Casi todos los escáneres biométricos sirven para dar órdenes a la nave: encender luces, conectar dispositivos electrónicos y abrir puertas, entre otras cosas.

Me giro y paso el pulgar por encima de la banda del escáner.

—Acceso a Elder/Eldest concedido —dice el ordenador con una alegre voz de mujer; como Elder, tengo acceso a los mismos sitios que Eldest—. ¿Comando? —pregunta la máquina.

Uf. Qué raro. Normalmente, las puertas se abren automáticamente en cuanto se te concede el acceso. ¿Qué otro comando necesita una puerta?

—Eh... ¿Abrir?

La puerta de la habitación de Eldest no se abre, que era lo que yo esperaba. Sin embargo, el techo comienza a moverse. Me vuelvo con el corazón palpitante. Por encima de mí, la plancha de metal se parte en dos, empieza a bajar lentamente y deja a la vista...

Una ventana.

Que muestra lo que hay fuera.

Las estrellas.

Sé que en la nave hay escotillas, pero Eldest nunca me ha dejado verlas, como tampoco me ha dejado ver el enorme motor que nos impulsa o los archivos de antes de la epidemia. Ni siquiera sabía que el techo metálico de la gran sala ocultaba una ventana.

Nunca había visto las estrellas.

No sabía que fuesen tan bonitas.

Ante mí se extiende todo el universo. Es grande del frexo. Mis ojos se llenan del brillo de las estrellas: hay muchas, muchísimas. Son unos puntitos blancos con vetas de colores tenues, sobre todo rojos y amarillos, pero a veces azules o verdes. Al verlas me siento más cercano al aterrizaje de lo que he estado nunca. Puedo imaginármelo: salimos de la nave por primera vez, de noche, sin luna ni nubes, y antes de alejarnos para comenzar a construir nuestro nuevo mundo, todos nos detenemos y contemplamos las estrellas en el cielo.

—Anulación de acceso —dice el ordenador con una voz que sigue siendo agradable—. Bajar pantalla.

¿Bajar pantalla? ¿Cómo?

Por encima de mí, las estrellas brillan intensamente.

Y justo entonces, la ventana que da al universo se rompe. En el centro del cristal aparece una raja que se abre más y más.

Frexo. ¡Frexo!

El estruendo invade la gran sala. Miro a todas partes en busca de algo a lo que agarrarme, pero no hay nada: la estancia es una especie de explanada enorme. ¿Cómo es que nunca me he dado cuenta de lo inútil

que resulta una sala sin nada a lo que agarrarse? Es enorme, sí, pero lo único que tiene es un suelo inmenso, paredes y puertas: nada que pueda salvarme de una ventana rota, abierta al vacío. La túnica me pesa sobre los hombros y se me pega a la piel sudorosa, pero solo se me ocurre pensar en lo endeble que es la tela contra la amenaza del vacío espacial.

Voy a morir.

Se me va a tragar el espacio.

Implosión.

Muerte.

Y entonces pienso en otra cosa: el resto de la nave. Si esta sala queda al descubierto, el espacio no solo me tragará a mí, sino que destrozará el nivel de mando, el nivel de navegación y el nivel de alimentación. Morirán todos, absolutamente todos y cada uno de los habitantes de la nave.

Cruzo la sala a la carrera y mis pies resbalan por el suelo embaldosado (durante un segundo intentan impulsarme por la escotilla, la puerta que lleva a la vida y a la libertad, pero no les hago caso. Solo intentan mantenerme con vida; no les importa el resto de la nave). Me abalanzo sobre el enorme botón rojo de cierre que hay encima de la escotilla. El suelo tiembla cuando el nivel de mando se aísla del resto de la nave. No hay vuelta atrás.

Me giro, alzo la mirada y veo el universo al descubierto.

Y la muerte.







[3] AMY

El presidente lo definió como el «arquetipo del sueño americano».

Mi padre lo definió como una alianza impura del gobierno con el mundo de los negocios.

La realidad era que Estados Unidos había acabado por rendirse y había echado mano del último recurso que le quedaba: unirse al Fondo de Recursos Externos, una alianza multinacional que tenía el único objetivo de conseguir beneficios. Financiar instituciones de asistencia médica a escala mundial para monopolizar la comercialización de vacunas, apoyar la moneda única para cosechar intereses en todo el planeta...

Y facilitar los recursos necesarios para que un grupo selecto de científicos y militares se embarcasen en el primer viaje que cruzaría el universo en busca de más recursos naturales: más beneficios.

La respuesta a los sueños de mis padres.

Mi peor pesadilla.

Y si de algo sé es de pesadillas, teniendo en cuenta que he pasado más tiempo dormida que viva.

¿Y si esto no es más que una parte de un sueño que he tenido en el breve lapso de tiempo transcurrido desde que Ed cerró la puerta de mi cámara de criopreservación y Hassan pulsó el botón para congelarme? ¿Y si fuera eso?

Es un sueño extraño. Nunca llego a despertarme, pero me doy cuenta de que estoy consciente dentro de un cuerpo demasiado inmóvil.

Mis sueños zigzaguean entre recuerdos.

Lo único que impide que me sepulten las pesadillas es la convicción de que no pueden faltar otros cien años para que despierte.

Cien años, no. Ni trescientos. Ni trescientos uno. No, Dios mío.

A veces pienso que ha pasado un milenio; a veces siento que solo he dormido durante un rato. Pero casi siempre tengo la sensación de que me encuentro en ese extraño estado de duermevela que me ocurre a veces, cuando intento seguir durmiendo a pesar de que ya han dado las doce del mediodía y sé que debería levantarme, pero mi cabeza empieza a divagar y estoy segura de que no podré volver a dormir. Y aunque tengo sueños fugaces, en realidad estoy despierta con los ojos cerrados.

Sí, el sueño crónico es así.

A veces pienso que algo va mal, que no debería estar tan consciente. Pero entonces caigo en la cuenta de que solo estoy consciente durante

unos segundos y que, mientras lo pienso, ya estoy cayendo en otro sueño.

Sobre todo sueño con la Tierra. Creo que es porque no quería abandonarla.

Un campo de flores, olor a tierra y a lluvia. La brisa... Pero en realidad no se trata de la brisa sino de un recuerdo de la brisa, un recuerdo convertido en un sueño que intenta ahogar mi cerebro congelado.

La Tierra. Me aferro a mis recuerdos de la Tierra. No me gusta el tiempo que paso soñando. Se parece demasiado a la muerte. Son sueños, pero pierdo el control, me extravía en ellos, y ya he perdido demasiadas cosas para dejar que los sueños se apoderen de mí.

Siento una ligera presión en el meñique, justo donde lo crucé con el de mi padre, y le oigo susurrar que puedo quedarme con mis tíos. El peso en el pecho que sentí al pensarlo y repensarlo. Desecho ese recuerdo: sucedió hace siglos y ya es demasiado tarde para arrepentimientos. Lo que más deseaban mis padres era participar en la primera misión tripulada de exploración interestelar, y lo que más deseaba yo era estar con ellos.

Supongo que no importa que en la Tierra tuviese mi vida, ni que me encantase mi planeta, ni que a estas alturas mis amigos ya hayan vivido, envejecido y muerto, ni que todo ese tiempo me lo haya pasado aquí tumbada sobre una superficie helada. Ni que Jason haya vivido su vida, se haya hecho mayor y quizás se haya casado y tenido hijos.

Todo eso ya no importa, porque está muerto. Dios, puede que sus bisnietos tengan mi edad.

Llueve sobre mi piel, pero hace sol y el cielo está azul. Ahí está Jason; casi nos besamos, pero entonces todo cambia y estamos en aquella fiesta donde nos conocimos, porque así son los sueños: entran y salen de los recuerdos y de los lugares, pero no son reales, nunca son reales y yo no soporto que no lo sean.



[4] ELDER

Un ruido metálico me hace levantar la vista de nuevo para mirar la ventana rota, donde el cristal se ha dividido en dos partes iguales. ¿Cómo es que aún no estoy muerto?

Los cristales no se rompen así, en línea recta.

Y lo que hay al otro lado del cristal no es el vacío ni la negrura del espacio.

Es metal. ¿Hay un techo metálico al otro lado de la ventana?

Las dos mitades de la ventana se deslizan y las estrellas se mueven con ellas. Pero eso es... imposible. Las estrellas deberían seguir en su sitio, no desplazarse con la ventana.

Un momento. No es una ventana. Es... bueno, no estoy seguro de qué es. El revestimiento metálico que cubre normalmente la bóveda de la gran sala ha quedado plegado a los lados. La ventana —lo que yo pensaba que era una ventana— son, en realidad, las dos mitades de una gigantesca pantalla de cristal y metal salpicada de luces centelleantes, sostenida por unos brazos hidráulicos que silban y chirrían. Entre esas dos mitades, que ahora están retiradas a la altura de mi

hombro, se ve el verdadero techo del nivel de mando. Más metal. Metal liso, vacío y sin estrellas.

Las estrellas, las preciosas luces que he admirado hace un momento, no son estrellas de verdad sino cristal y bombillas que titilan. Estrellas de pega en una pantalla aprisionada entre dos techos de metal.

¿Por qué?

Estiro el brazo para tocar la mitad del universo que me queda más cerca. Las bombillitas no queman al tocarlas, pero están lo bastante calientes para hacerme apartar los dedos. Los restos de una telaraña se extienden desde la base de una bombilla estrella hasta una diminuta placa metálica situada en la parte inferior del cristal.

CARTA DE PILOTAJE Y SEGUIMIENTO

PATENTE 7329035

FREX - AÑO 2036

¿Una carta de pilotaje? ¿Aquí? Recorro con la mirada la parte de la pantalla que tengo delante y enseguida veo una luz que parpadea cerca del fondo, bajo la placa, junto a dos bombillas estrella muy juntas. Es un piloto rojo intermitente. No está fijo, como las bombillas estrella; está sobre una línea fina y casi ha llegado al final de su recorrido.

Mi nave. A punto de llegar a su nuevo planeta, su nuevo hogar.

—¿Elder? ¡Elder! ¿Qué sucede? —grita Eldest desde la escotilla que conecta el nivel de mando con el de navegación.

Me lo imagino al otro lado de la escotilla: su cara furibunda, sus ojos encendidos y su melena blanca rozándole los hombros mientras aporrea la puerta metálica.

Alzo la cabeza para examinar las piezas de la falsa ventana. Las estrellas son de mentira; fueron más por un momento, pero no son reales.

Noto un pitido entrecortado en el oído izquierdo: mi intercom me avisa de que alguien intenta enlazar conmigo. Al nacer, a todos nos implantan un intercomunicador inalámbrico tras la oreja izquierda; así nos comunicamos entre nosotros y con la nave.

—Enlace de comunicación: Eldest —me dice el ordenador a través del intercom.

—Ignorar —contesto pulsando el botón que tengo bajo la piel.

Las estrellas son de mentira. ¿Qué más es mentira?

Bip, bip, bip.

—Orden de anulación de Eldest —dice alegremente mi intercom—. Enlace de comunicación: Eldest.

—¡Elder! —gruñe la voz de Eldest en mi oído—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has aislado el nivel de mando?

—Las estrellas son mentira —digo con voz átona.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Pasa algo?

Pasan muchas cosas.

—No, no pasa nada —contesto.

—Voy a anular el cierre.

Eldest desconecta el enlace. Un segundo después, el suelo tiembla y la escotilla se abre. Eldest sube al nivel de mando y cierra de golpe.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta.

Miro el escáner biométrico que hay junto a su puerta.

—He activado el escáner y entonces... —señalo las dos mitades plegadas de la falsa ventana.

—¿Qué hacías enredando con eso? —brama Eldest mientras echa a andar por la estancia.

Está tan enfadado que ha olvidado tener cuidado con su pierna mala. Se hizo una herida antes de que naciese yo y nunca se le ha curado del todo; de hecho, su cojera ha empeorado con la edad. Al caminar hace un ruido irregular sobre el suelo metálico: golpe, pisada, golpe, pisada, golpe... Luego le dolerá y me echará a mí la culpa.

Cuando llega ante el escáner, pasa el pulgar por encima de la banda. El cristal se eleva con un suspiro aliviado de los brazos hidráulicos y las estrellas regresan al techo. A continuación, la pantalla metálica se cierra y esconde su falsa luz.

—¡Estás loco! ¿Has aislado el nivel de mando por esto?

La ira de Eldest casi hace que me encoja de miedo. Casi.

—¡Creí que eran de verdad! ¡Pensé que la nave había quedado expuesta al espacio!

—¡Solo son bombillas!

—¡Pero yo no lo sabía, frexo! ¡Creí que eran estrellas de verdad! ¿Qué hacen ahí?

—¡No están ahí para ti! —brama Eldest.

—Entonces, ¿para quién están? ¡En este nivel solo estamos tú y yo!

Eldest aprieta los dientes. Me cuesta tragar saliva, pero consigo hacerlo. No pienso quedar como un niño al que le da un berrinche cuando descubre que las estrellas no son reales.

—No puedes hacer algo así, Elder. ¡Podrías hacer que cundiese el pánico en toda la nave! —Eldest parece furioso y cansado al mismo tiempo—. ¿Es que no lo entiendes? Eres Elder. Cuando ocupes mi puesto como Eldest, deberás consagrar tu vida a una misión: cuidar de todas las personas que van a bordo de la nave. Son responsabilidad tuya. No puedes mostrar debilidad ante ellos, porque tú eres su fuerza. No debes dejar que te vean desesperado, porque tú eres su esperanza. Debes serlo todo para todos los que viajan a bordo —dice, y respira hondo—. ¡Y eso incluye no dejarse llevar por el pánico ni aislar todo un nivel!

—Pensaba que la nave había quedado expuesta —repito.

Eldest clava los ojos en mí.

—Ya. Y vas y activas el cierre de todo un nivel.

¿Por qué tiene que recordármelo? Soy un idiota del frexo, ya lo he pillado.

—Mientras tú te quedabas aquí —continúa en un tono diferente, más calmado.

Lo miro a los ojos y distingo en ellos algo que no había visto nunca.

Orgullo.

—Ibas a sacrificarte para salvar la nave —remacha.

Me encojo de hombros.

—Ha sido una tontería, lo siento.

—No —dice Eldest arrastrando la palabra—. Bueno, sí, ha sido una tontería, pero también ha sido un gesto noble. Para eso hace falta valor, muchacho. Y liderazgo. Que hayas estado dispuesto a sacrificarte por el resto de la nave demuestra que reflexionas. Has pensado que el nivel de mando estaba en lo más alto, ¿verdad? Y que si el nivel de mando quedaba expuesto al espacio, la implosión afectaría al nivel inferior, y este al que tiene debajo. Has pensado antes de actuar. Has pensado en la población de la nave.

Miro para otro lado. Quizás haya sido un gesto noble, pero lo único que se me ocurre es que las estrellas no son reales.

—Lo siento —dice Eldest, y al percatarse de mi confusión añade—: No te he hecho caso. Es culpa mía. Me recordabas al otro Elder y... no nos llevábamos bien. Al instruirlo le revelé demasiadas cosas prematuramente, y él actuó con necedad y egoísmo. Pero tú eres diferente. Se me olvida que eres diferente, pero es verdad.

Nunca había estado tan pendiente de sus palabras. Sé de sobra que hubo otro Elder entre Eldest y yo; murió antes de que yo naciese, pero Eldest nunca me había hablado de él.

—Ya había instruido al otro Elder —prosigue—. Era él quien debía instruirte a ti para que yo pudiese encargarme de la nave. Cuando murió y tuve que instruirte a ti también... Yo no tenía por qué cargar con otro Elder, y contigo he descuidado mis responsabilidades.

Lo miro fijamente a los ojos. Cuando estamos en el nivel de alimentación, Eldest es como un abuelo simpático. Cuando estamos en el nivel de navegación es como un rey anciano, imponente pero atento. Pero

cuando estamos a solas, deja aflorar su verdadera personalidad —o al menos, lo que yo creo que es su verdadera personalidad—, y aunque sea un anciano, no es ni simpático ni débil.

Algo en su silencio me hace comprender que Eldest solo me ha permitido a mí ver ese lado de su personalidad. Y eso, más que ninguna otra cosa, me hace perdonarle su abandono.

—Entonces, ¿vas a empezar a instruirme como es debido? —pregunto.

Eldest asiente con la cabeza y me hace una seña para que lo siga hasta el centro de aprendizaje. Su cojera es más pronunciada de lo habitual; debe de estarse arrepintiendo de haber irrumpido así en la sala.

En el nivel de mando solo hay cuatro dependencias: la habitación de Eldest, la mía, el centro de aprendizaje y la gran sala. El centro de aprendizaje es la estancia más pequeña, con solo una mesa y el portal que da paso al tubo gravitacional. La gran sala es la más espaciosa. Es lo bastante grande para que quepan de pie todos los habitantes de la nave, siempre que no les importe estar un poco apretados, aunque en este nivel solo podemos entrar Eldest y yo. Es un vestigio de antes de la epidemia, de antes de que nuestro sistema de gobierno estuviera encabezado por un Eldest. Por aquel entonces, la habitación de Eldest, la mía y el centro de aprendizaje eran oficinas para la tripulación y, a juzgar por la carta estelar que se esconde tras la pantalla metálica, la gran sala servía para pilotar la nave.

Después de la epidemia, hace muchas décadas, la nave cambió. No le quedó más remedio. El Eldest de aquella época dio otro nombre a los niveles y se reservó este para sí mismo y para los Eldests y Elders que lo sucediesen.

Yo incluido.

Eldest se acomoda a un lado de la mesa del centro de aprendizaje y yo me siento al otro. La mesa es una reliquia de cuando despegó la nave, hace siglos. Está hecha de madera de verdad, de madera de Tierra Solar. Me asombra la vida que esconde: es un árbol que respiró el aire de Tierra Solar y vivió en el suelo de Tierra Solar hasta que lo talaron, fabricaron una mesa con él y lo lanzaron al espacio a bordo de la *Fortuna*.

—Hay ciertas cosas que deberías saber —comenta Eldest.

Agarra un flexible (una pantalla de membrana digital que se llama así por su flexibilidad, evidentemente) y le pasa el dedo por encima para encenderlo. Cuando se ilumina la pantalla, Eldest coloca el pulgar sobre la casilla de identificación.

—Acceso a Eldest/Elder concedido —dice el flexible.

Eldest da unos golpecitos con el dedo en la pantalla y me la pasa. Casi alcanzo a ver las vetas de la madera a través de la fina membrana, pero justo en ese momento me distrae lo que Eldest me está enseñando.

Es un plano del nivel de navegación. Reconozco el pasillo central que da paso a las enormes salas dedicadas a la ciencia y la industria, a la fabricación y la investigación. Por todo el plano hay diseminados puntitos brillantes que parpadean y se mueven.

—¿Sabes lo que es? —pregunta Eldest recuperando el flexible.

—El mapa localizador de intercomunicadores inalámbricos.

Los intercom, esos implantes de comunicación que llevamos detrás de la oreja izquierda, no solo nos permiten comunicarnos entre nosotros y con la nave: también revelan nuestra ubicación.

Me apoyo en la mesa para ver mejor el plano. El pelo largo y blanco de Eldest me roza la cara, pero enseguida se lo pasa por detrás de la oreja. Me llega un olor a jabón y a algo más fuerte.

—¿Ves todos estos puntos? Cada uno es un navegador con un trabajo muy preciso: garantizar que la nave funcione a la perfección. Los mejores navegadores están aquí —dice Eldest señalando la sala de energía. Sigue arrastrando el dedo hasta la sala de máquinas, donde nunca he entrado, y al fin lo detiene en otra sala—. El centro de mando está aquí. Aunque la nave se guía sola, si algo fuera mal...

—¿Pilotarías tú la nave? —pregunto asombrado mientras imagino a Eldest como un osado comandante, casi como el capitán de una de las antiguas naves de Tierra Solar que navegaban por el agua en vez de por el universo. Luego me imagino a mí al timón.

Eldest se ríe.

—¿Yo? No, qué tontería. A los Eldests no se nos instruye para pilotar; la labor del Eldest no es gobernar la nave, sino gobernar a las personas. Los navegadores —dice señalando los puntitos que parpadean— reciben instrucción específica para pilotar la nave en el caso de que se produjese una emergencia.

Levanta la vista. Tiene los ojos lechosos por la edad, pero sabe perfectamente lo que estoy pensando.

—Lo has entendido, ¿verdad? —dice—. Son los navegadores quienes manejan la nave, no nosotros.

La imagen de todo el mundo aplaudiéndome mientras conduzco la *Fortuna* hasta Tierra Centauri se desvanece.

—Los navegadores se ocupan de la nave, pero la nave no es más que metal. Eres tú quien tiene que ocuparse de la gente.

Da un golpecito con el dedo en la casilla para alejar la imagen y, por un momento, los tres niveles de la nave se iluminan a la vez y forman un laberinto mareante de líneas entrelazadas. El interior de la nave es más o menos ovalado. En lo alto está el nivel de mando, que es el más pequeño. El nivel intermedio, ligeramente mayor, es el de navegación, dividido en despachos y laboratorios. La sección más espaciosa de la nave, con diferencia, es el nivel de alimentación. En el nivel de mando hay dos puntitos que parpadean: somos Eldest y yo. En el nivel de navegación hay cincuenta o más. Eldest toca el nivel de alimentación. En la parte derecha se ven varias docenas de puntitos, que representan a la gente que está en el hospital. No hay nadie en el archivo. En el centro aparecen docenas de puntos diseminados: cada uno representa a un alimentador de los que viven en las granjas. Eldest toca la parte izquierda de la pantalla, donde está la ciudad. Hay tantos puntos que me resultaría imposible contarlos. Tampoco es que me haga falta: conozco a las dos mil trescientas doce personas que viajan a bordo de la nave.

Esos dos mil trescientos doce puntitos parpadeantes son un peso insoportable sobre mis hombros; cada uno me aplasta un poco más. Todos ellos son responsabilidad mía.

Eldest vuelve a desplegar el nivel de navegación y posa los dedos sobre la sala más grande, donde está el motor.

—Entre el motor, los ordenadores, el sistema de navegación y todo lo demás, pueden torcerse muchas cosas. Este viaje... es muy largo
—dice, como si hubiese vivido los doscientos cincuenta años que la

nave lleva en marcha—. Los organizadores lo sabían y por eso llamaron a la nave *Fortuna*.

Muevo los labios para formar las sílabas del nombre. Tiene un sabor metálico.

—Es una antigua expresión de Tierra Solar que significa «buena suerte» —gruñe Eldest—. Lanzaron por los aires a nuestros antepasados, les desearon buena suerte y se olvidaron de nosotros. Ya no pueden ayudarnos. Perdimos el contacto con Tierra Solar durante la epidemia y nunca hemos logrado recuperar la comunicación. No podemos volver. Lo único que pudieron darnos en Tierra Solar fue... fortuna.

No estoy seguro de si se refiere a que nos desearon suerte o a que nos dieron la nave, aunque ninguna de las dos cosas me parece de buen gusto ahora mismo.

—Pero nos hace falta algo más que suerte: la nave necesita que alguien proteja a sus habitantes. Tú serás ese líder —Eldest respira hondo—. Ha llegado el momento de que aprendas cuáles son las tres causas de discordia.

Acerco mi silla. Esto es nuevo. Por fin —¡por fin!— Eldest va a instruirme para que me convierta en el próximo líder.

—En la *Fortuna*, ¿hablamos todos un mismo idioma? —pregunta.

—Por supuesto —respondo, confuso.

—¿Hay diferencias raciales?

—¿Qué es eso?

—Distintos colores de piel.

—No —en la nave todos tenemos la misma piel aceitunada, el pelo negro y los ojos oscuros.

—Has estudiado los mitos de Tierra Solar: budismo, cristianismo, hinduismo, islam. En la *Fortuna*, ¿alguien adora a un dios? —pregunta, pronunciando la última palabra con desdén.

—¡Claro que no! —exclamo riéndome.

Una de las primeras lecciones que me explicó Eldest cuando me trasladé a vivir al nivel de mando trataba de las religiones de Tierra Solar. Eran historias mágicas, cuentos, y recuerdo que me partí de risa cuando Eldest me dijo que en Tierra Solar la gente estaba dispuesta a matar o a morir por esos personajes ficticios.

Eldest asiente con la cabeza.

—La primera causa de discordia es la diferencia. En la *Fortuna* no hay ninguna religión. Todos hablamos el mismo idioma. La población es monoétnica. Y como no somos diferentes, no luchamos entre nosotros. ¿Te acuerdas de las cruzadas de las que te hablé? ¿Y de los genocidios? En la *Fortuna* nunca tendremos que preocuparnos por esos horribles acontecimientos.

Estoy sentado en el borde de la silla, asintiendo, pero en el fondo deseo que Eldest no se dé cuenta de lo chulza que soy. Recuerdo bien aquellas lecciones: fueron de las primeras, cuando tenía trece años y acababa de mudarme con Eldest al nivel de mando. Por todas las estrellas, si no era más que un crío... Recuerdo ver en los flexibles imágenes de gente con diferentes colores de piel y de pelo, gente vestida con largas togas o con taparrabos, y oír el sonido de idiomas cuyas palabras no entendía. Por aquel entonces todo eso me pareció increíble, maravilloso.

Me encojo un poco más en el asiento. No me extraña que Eldest me haya ido instruyendo poco a poco: está claro que nunca entendí qué era lo que me estaba enseñando en realidad.

—La segunda causa de discordia —prosigue Eldest— es la ausencia de un fuerte liderazgo central —se inclina hacia delante y estira las manos, nudosas y arrugadas, hacia mí—. ¿Comprendes la importancia de todo esto? —pregunta, con los ojos llorosos por la edad o por algo más. Asiento con la cabeza—. ¿De verdad? —pregunta con más urgencia, agarrándome las manos con tanta fuerza que me crujen los nudillos.

Vuelvo a asentir, incapaz de despegar la mirada de su cara.

—¿Cuál es el mayor peligro para esta nave? —su voz se convierte en un susurro ronco.

No estoy seguro de haberlo entendido. Eldest me mira fijamente esperando una respuesta. Le devuelvo la mirada.

—Los motines —se responde a sí mismo—. Los motines, Elder. Más que un fallo técnico o un mal funcionamiento de la nave, la mayor amenaza para esta nave son las revueltas. Por eso, después de la epidemia se creó el sistema de gobierno encabezado por un Eldest: una persona nacida antes que la tripulación a la que lidera, que ejerce de patriarca y comandante de gente más joven que él. Cada generación tiene un Eldest. Algún día, tú lo serás. Serás el líder fuerte que impida la discordia y que proteja a todas las personas que habitan esta nave.





[5] AMY

Mi silencio es como la muerte.

Haz una cosa: ve a tu cuarto. A tu cuarto seguro y calentito, que no es un ataúd de cristal tras la puerta de un depósito de cadáveres. Tumbate en la cama, que no está hecha de hielo. Métete los dedos en las orejas. ¿Lo oyes? ¿Oyes los latidos de tu corazón, la lenta marea de tus pulmones? Aunque guardes silencio, aunque ahogues todo sonido, tu cuerpo sigue siendo una cacofonía de vida. El mío, no. Es el silencio lo que me vuelve loca. Es el silencio lo que atrae a las pesadillas.

Porque ¿y si estoy muerta? ¿Cómo puede alguien sin un corazón que late y unos pulmones que respiran vivir como vivo yo? Debo de estar muerta. Este es mi mayor temor: después de trescientos un años, cuando saquen mi ataúd de cristal de este depósito de cadáveres y dejen que mi cuerpo se descongele como una pechuga de pollo sobre la encimera de la cocina, me quedaré tal como estoy ahora. Me pasará toda la eternidad atrapada en mi cuerpo muerto. Después de esto no habrá nada; permaneceré encerrada para siempre en mi interior.

Quiero gritar. Quiero abrir los ojos de par en par, despertar y dejar de estar sola, pero no puedo.

No puedo.